

Con Rimbaud que le caía muy bien sin más, o con Valéry que le decía cosas dignas de ser olvidadas.

Es este el destino de los grandes poetas, hacedores del espíritu, el de viajar siempre sin destino preciso para confundir a los más avezados e inocentes investigadores, póstumos escuderos críticos. En aquel noviembre de 1968, cuando lo conocí en su casa, Lezama Lima no me había dejado la impresión de salir, sino de llegar de uno de sus innumerables viajes, que él realizaba sin moverse. Que no por nada es en Cuba donde hay una estación de ferrocarril, reloj y campana incluidos, por donde jamás ha pasado tren alguno. Por la muy sencilla razón de que no existen, nunca se han instalado vías férreas. Y qué mejor viaje el de ir y venir de una estación así que nunca conoció otro tren que el de la imaginación.

Pasajero incansable, los viajes de Lezama Lima, tal como lo confiesa, nunca han tenido un destino preciso. Pero siempre, de regreso, al apearse en la calle de Trocadero, 162, ha traído muestras fehacientes de sus andanzas. Objetos raros que yo he podido admirar en su casa, libros que, al no disponer de estantería, estaban colocados encima del escritorio, sobre butacas y en el suelo, quitando algo de los 26 metros de largo que tenía la casa y que él recorría, cuatro o cinco veces, cuando sentía que le hacía falta un poco de ejercicio y para no aburrirse.

De entre estos «objetos», Lezama Lima ha sacado uno (¿o dos?) y me los ha regalado, poniendo su firma en la primera página, tal como los alfareros griegos ponían sus huellas dactilares sobre las asas, en la arcilla blanda de las ánforas, para saberse que eran obras de ellos.

* * *

Ni falta hace decir que luego, en Bucarest, mientras empezaba mi largo, penoso y placentero convivir con Góngora, una primera lectura de la poesía de Lezama Lima me situaba frente a un mar que me atraía con sus chisporroteos de luz en las olas, pero un poco lejos de las orillas, por atisbos de peligrosa profundidad. Vagamente, oía a don Luis: «Pisad dichoso esa esmeralda bruta,/en mármol engastada siempre undoso». (*Soledad segunda*, vv. 367-368), mas entendía que en su discípulo el universo era bien diferente: «Ah, mi amiga, si en el puro mármol de los adioses/hubieras dejado la estatua que nos podía acompañar...» (*Ah, que tu escapes*). Los líricos renacentistas admiraban las bellezas durmientes en *el mármol sin esculpir*. En el barroco, don Luis admiraba el hechizo de las olas en *el mármol undoso del mar*. En la edad moderna, Lezama Lima encuentra las estatuas en *el mármol de los adioses...* Desde el recuerdo, el verso de un poeta

rumano contemporáneo me advertía: «María, aquellas noches quedarán en la memoria de las estatuas». (Geo Bogza : *Poema invectiva*). Complicada, muy complicada la algarabía del gremio de los poetas, junto a las fuentes de Aganipe, donde Lezama Lima llega de las manos de don Luis y logra confundir a Ganímedes, enturbiando todas las aguas.

Véanse si no, sus sonetos, especialmente los del *Invisible rumor*, para descubrir cómo trastorna y resucita el arte poético del Siglo de Oro. Véanse, en el orden del tiempo, poemas como *Noche insular: jardines invisibles* - *Doble desliz...* - *Doble noche* - *Rapsodia para el mulo* - *Los dioses*, etc. etc., para ver lo fácil que le era a Lezama poner las cosas muy difíciles y la voluptuosidad con la que lo hacía. Resuena sí, en el primer poema mencionado —«El halcón que el agua no acorralla...»— algo de la cetrería poética gongorina. También, en la misma obra —«Entrad desnudos en vuestros lechos marmóreos...»— reconocemos otra vez a don Luis: «Dormid, copia gentil de amantes nobles,/en los dichosos nudos/que a los lazos de amor... (*Que de envidiosos montes levantados* - Millé, 388). Pero, sin esfuerzo, entendemos ya que no se trata de imitación, sino, como máximo, de una influencia invisible, superior a todas: las palabras son de Góngora, pero es Lezama el que les da sonido. Es su voz. Doblaje de sinonimia poética...

El «dial» lezamiano, para decirlo así, para captar las ondas poéticas más inesperadas es impresionante y el gozo estético de la sintonía no tiene límite, es infinito, como es el cosmos poético mismo.

Ninguna demostración más sugestiva, tal vez, como el poema *La escalera y la hormiga*. Poema ignorado por la mayoría de sus estudiosos, al desconsiderar su sencillez —«En la medianoche/la hormiga desciende por la escalera del hotel./Intenta seguir (...)-», sencillez que ilustra el mejor y más sutil barroco (¿o barroquismo?) lezamiano, tan cuidadoso con la frágil «inspectora» de los peldaños: «El zapato que la pueda mancillar/pasa muy cerca, pero la deja/un pedazo de hoja de tabaco,/un pétalo aburrido,/la sal que le calienta los ojos dominantes./Señorea la escalera/y paseado cada peldaño/con la elegancia de una dama inglesa/que lleva la basura hasta la esquina,/a un latón verde/con la corona inglesa/raspada por los dos leopardos».

Olvidando lo de la imitación que es lo más fácil de detectar, pocos, quizás nadie, osaría hablar en este caso de influencia gongorina. Y con total razón. Un tema ostentosamente común, un universo sin altibajos ni terremotos líricos, con objetos pertenecientes a una realidad sencilla y cotidiana, encadenados al lado de toda sorpresa metafórica. Escasos hasta los epítetos. Recordar e invocar letrillas (*Ande yo caliente...*) significaría caer en lo ridículo.

Aún así, con todas las cosas adversas, queda el aire, o sea el poema visto como una sola inmensa metáfora, en toda su integridad. Y en este caso se insinúa la pregunta menos esperada: ¿hubiera podido escribir don Luis este poema? Arriesgo que sí. A mucha honra para Lezama Lima. Reconociendo al mismo tiempo el certero juicio de Fina García Marruz, con las palabras del poeta mismo: «... decía que Góngora las cosas claras las volvía oscuras y que yo las cosas oscuras las volvía claras».

Sobre lo claro y lo oscuro Lezama Lima hablará más de las veces: «Son ya conceptos trasnochados. Todos aceptamos que existen día y noche, el agua y la tierra. Hay que aceptar también que existe una poesía clara y otra oscura, que es anterior a mí, anterior a Góngora, anterior al barroco (...). Lo que cuenta es el reverso enigmático de lo lejano y lo cercano a lo que Pascal hizo referencia». Dulce engaño: Pascal no habla de lo lejano y lo cercano, sino de la periferia que está en todas partes y el centro que no está en lugar ninguno... Lo que me allana el camino para dudar, en ciertas ocasiones, de la sinceridad erudita del poeta. Tomar siempre a pie de la letra lo que nos está diciendo es quedarnos más de las veces bajo la luna de Valencia.

«Existe —descubro en sus fugaces notas— una raza malhumorada de poetas a los que las influencias se le han convertido en cosa exterior, casual y obligatoria. Sus impresiones o sus lecturas se le truecan en influencias».

Es bueno dudar de opiniones así, sobre todo cuando el poeta habla de sí mismo: «Yo creo que se va haciendo costumbre en presencia de mi obra, repetir los nombres de Góngora y Proust. (...) Ninguno de los dos puede ser considerado como antecedente de mi obra». Defensa inútil y batalla perdida, porque en otro lugar encontramos: «... A veces una palabra, una sentencia apenas entreoída nos ilumina y logra configurar formas de expresión. Casi siempre lo que apenas conocemos es lo que logra influenciarnos». Lo dice no antes de reconocer la posibilidad de las influencias, tornadas muchas veces como inevitables: «El problema de las influencias es casi inapresable porque el hombre es un instante sensorial infinitamente polarizado».

Reales o imaginadas, eficientes o estériles, las influencias se convierten en una obsesión duradera. Tanto que algunas veces no logra superar el cabreo: «Acabo de recibir lo de Lam, en *Time*. Todo esto me parecen tonterías. ¿Creen esos periodisqueros que porque un hombre reciba influencia, no puede expresar su alma? Todo eso son los viejos pataleos del complejo de subordinación a Europa. Nadie come arena, sin embargo, comemos almejas que se alimentan de arena...».

Existe, por supuesto, otro camino para hablar sobre lo gongorino y Lezama Lima: vaciar el término de toda connotación onomástica y pasarlo

al diccionario de sinónimos, con la acepción de *difícil, dificultoso peliagudo, enigmático, etc., etc.* Sé muy bien que esta es una operación, mentalmente, incómoda. Pero que honraría por igual al maestro y al alumno: no todo lo difícil es oscuro y nunca, sin sombra, se pueden medir los grados de la luz. Así, con palabras tomadas de prestado, lo dice el alumno: «Píndaro dijo –y yo se lo he repetido muchas veces a usted: “No busques lo imposible, sino agota lo posible”. Siempre he estado alegremente convencido de que la felicidad es poner énfasis en lo que se tiene y olvidarse de lo que no se tiene».

Sigo creyendo que allá, en su casa de la calle de Trocadero 162, de la Habana Vieja, Lezama Lima trata todavía de agotar lo posible, siempre inagotable.

* * *

Apunto todo esto al acabar la lectura de otro libro suyo, libro que, ahora que existe, descubro que faltaba y que era imprescindible: *José Lezama Lima. Poesía y prosa. Antología*. Selección, prólogo y notas de Iván González Cruz, Editorial Verbum, 2002. Imprescindible libro para que los que no han perdido el hábito de leer conozcan a la vez y en menos tiempo a Lezama Lima como poeta y prosista. Término, éste último, bien acertado para distinguir entre el gran novelista que ha sido y su quehacer periodístico, cercano a veces a la ensayística. Selección procustiana –cincuenta poemas y cincuenta prosas– «sumadas para dar una visión existencial e íntegra de quien es uno de los escritores más eminentes de la literatura hispanoamericana» (cito del prólogo), a sabiendas de que la deseada visión va dentro de unos límites aceptados de antemano.

Hay dos clases de antologías buenas: las introductorias en la obra de uno o más autores y las definitivas de lo mismo. Las demás son las malas y no es nada raro que son las que abundan. Lo digo por experiencia y práctica propias. Y no arriesgo nada en decir que la que acabo de leer tiene la calidad de las dos: ahí está, en cuerpo y alma, Lezama Lima, tal como lo conocí y lo entiendo.